¡No los mires!
Y otros relatos

J. C. de los Santos

¡No los mires! y otros relatos

J. C. de los Santos

avant
editorial

Primera edición, febrero de 2025
© J. C. de los Santos, 2025

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-87532-56-7
THEMA: DH - FF
DEPÓSITO LEGAL: M-5084-2025

Dedicado a mí esposa: primera lectora,
crítica íntegra, objetiva e insobornable,
y contribuyente activa de buenas ideas.

ÍNDICE

1. ¡No los mires! 11
2. Amor descarnado 19
3. Una luz en el firmamento 25
4. Cumpleaños 31
5. Los muertos no tienen identidad 39
6. Premonición 51
7. A los muertos no les gusta viajar solo 55
8. ¡Tengo hambre! 69
9. Un viaje accidentado 75
10. Relato de un mal día 85
11. Una casa en Montclar 95
12. Viaje final 105
13. Relato de un reo 107
14. De mi propia medicina 115
15. La abuela de los gatos 123

1

¡No los mires!

Ya veíamos la parte superior del crucero, una alta cruz de piedra que indicaba la encrucijada de los tres caminos que allí coincidían. Era una pequeña zona circular, libre de arbolado, donde los letreros indicativos no existían. Aún nos faltaban unos metros por recorrer, dentro de la floresta, cuando mi primo, saltando sobre mi espalda, me tiró al suelo. Quise protestar, pero la mano de Alejandro, en mi boca, me lo impedía.

—¡No los mires! —me advirtió, de forma exigente y tajante—. ¡No levantes la cabeza!

Para enfatizar aquellas palabras, y por la fuerza, Alejandro mantenía mi cara pegada al suelo.

No le obedecí, al menos no del todo: la curiosidad no es buena consejera.

Elevé la mirada: ¡y los vi!

No pude evitar el escalofrío que recorrió mi espalda, ni el desasosiego que me sobrecogió.

¿Cómo habíamos llegado a encontrarnos en esas circunstancias?

Unos fuegos de artificio dieron por concluida la Fiesta de Otoño de aquella villa, la más próxima a la nuestra. Sin embargo, los jóvenes, continuamos la diversión en la discoteca local. Y lo hicimos hasta la media noche. Es costumbre que, muchos habitantes de las parroquias próximas acudan a las festividades de las vecinas. Pasarlo bien no es una cuestión de edad, se trata de una oportunidad para el reencuentro con amigos y familia. Aunque también de

un esparcimiento social que abre las puertas a la formación de parejas sentimentales. Yo sentía atracción por una joven de aquella localidad. Mi primo me acompañaba, a modo de carabina, ya que era un seminarista con el más ferviente deseo de convertirse en sacerdote, lo que no era óbice para que otra bonita muchacha, al menos por el momento porque aún no estaba ordenado, se interesara por él.

Tras despedirnos de aquellas dos mozas, que nos *hacían ojitos*, iniciamos el retorno a nuestro pueblo. La distancia por carretera era, tan solo, de unos ocho kilómetros. Un trayecto que, en esas señaladas fechas, vigilaba con diligencia la Guardia Civil, siempre dispuesta y preparada para hacerte una prueba de alcoholemia. Caminando, atravesando por el bosque, solo era un largo paseo. Un trayecto fácil de recorrer para dos veinteañeros como nosotros.

La noche, a pesar de la fecha, era templada. La vereda no presentaba demasiadas dificultades,

salvo un corto trecho de ascenso al altozano, pero después todo sería de bajada.

El esfuerzo de trepar, por la ladera de la colina, nos resultó mayor de lo esperado. El partido de fútbol entre casados y solteros, que perdimos los no desposados, los bailes y, por qué no reconocerlo, el exceso de alcohol ingerido, hacían mella en nuestra forma física.

Una luna redonda y plena facilitaba la caminata, hasta que, de repente, un viento gélido nos rodeó. Ante nosotros apareció una densa neblina. Dentro de ella, una comitiva de oscuros hábitos con los semblantes ocultos bajo la capucha, se desplazaba por el sendero más ancho, dejando tras de sí un olor a cera y un frío abrumador.

No podía apartar la mirada de aquella procesión de espectros sin rostros, portadores de una vela y una campanilla. Solo pude reconocer al hombre que, encabezando la comitiva, portaba una cruz y arrastraba los pies: era el mesonero de la taberna. Tras él, presidiendo la doble y

ordenada fila, caminaba una anciana: la *Estadea,* guía de la cohorte.

Alejandro forzó mi inmovilización. Cerré los ojos y empecé un padrenuestro. La plegaria, en mi mente, se reprodujo mecánicamente. No recordaba cuando fue la última vez que pronuncié una oración; años, tal vez.

Dejamos transcurrir el tiempo, sin atrevernos a ponernos en pie. Mi primo se negó a continuar por el camino: ¡por allí se había marchado el cortejo de mal agüero! Concluirían su ruta, previsiblemente, en el camposanto. Y el cementerio se ubicaba a las afueras del pueblo, por donde nosotros teníamos que pasar.

Hasta que llegó la primera claridad del amanecer, horas después, permanecimos al amparo del crucero. Se suponía que aquella cruz de piedra debía protegernos.

Acordamos no decir nada a nadie, no nos apetecía responder un sinfín de preguntas ni significarnos públicamente.

Alejandro me reveló que no era la primera vez que le ocurría algo igual. Un par de años antes había experimentado una situación similar. También me aseguró que la suerte nos acompañó: permanecer boca abajo, tendidos en el suelo y sin mirar a aquellos encapuchados fantasmales, nos salvó de un mal mayor. No tuve valor y confesarle que yo si había observado el macabro desfile.

La semana transcurrió, para nosotros, sin incidentes dignos de mención. Sin embargo, el tiempo no discurría de la misma manera para todos; el tabernero enfermó y los medicamentos prescritos por el médico no resultaron efectivos. El lunes, el pobre desgraciado, abandonó el mundo de los vivos.

Después del entierro, Alejandro regresó al seminario y yo a mis rutinas.

Al finalizar el mes, acuciado por mi madre, el doctor me recetó unas vitaminas. Cada día me sentía más cansado, lo que repercutía en mi aspecto, ojeroso y demacrado. En las primeras

analíticas no se apreciaban anormalidades, pero en las que mandó repetir el galeno, días más tarde, nada estaba en orden.

Perdí el apetito y cualquier cosa que hiciera, por nimia que fuera, me agotaba. Solía despertarme a la salida del sol, sudado y destemplado, sin que los fármacos pudieran ayudarme, para disgusto del facultativo, ya que nada cuadraba con el diagnóstico de una patología conocida.

Algunas mañanas, bajo el influjo de una ensoñación y un miedo adherido a mis huesos, creía haber pasado la noche en un largo viaje, peregrinando por veredas montañosas y, tras cruzar el riachuelo, recorrer los senderos del bosque. Durante esos desplazamientos, detrás de mí, percibía la espeluznante compañía de almas en pena que salmodiaban cánticos sacros. Pero no podía volver la cabeza: ¡era imposible mirar atrás!

Alejandro, que recibió noticias por mi madre, no tardó en venir a verme. No le gustó

mi aspecto. Tampoco lo que, secretamente, le refiriera.

Accedí, por la obstinación de mi primo, a que me visitara el párroco. No tuve la impresión de que, esa entrevista, sirviera para algo. El pánico persistía, en forma de sudor profuso y pegajoso.

Esa misma tarde empeoré. En algunas ocasiones, en mis sueños, me veía caminando y descalzo, envuelto por una densa y gélida neblina.

Esa noche fue diferente: en el transcurso de una horrible pesadilla me sentí zarandeado, sin posibilidad de movimiento alguno y boca arriba, acostado en una especie de cajón. Como si pudiera disgregarme en dos partes, una de ellas, la física, permanecía inmóvil. La otra, incorpórea y liviana, sobrevolaba la procesión que, en hombros, portaban un féretro.

Descendió mi parte etérea, para ver quién era el difunto que iba en el ataúd.

¡Era yo!

2

Amor descarnado

Arnau observó el retrato, con cariño, dejando que su mente retrocediera en el tiempo:

Paseaba temprano, le gustaba hacerlo mientras contemplaba la salida del sol. Iba ya de regreso a casa y el astro rey calentaba desde lo más alto. Caminaba por la playa, dejando que las olas mojaran sus pies. Sentía la brisa que, paralela al agua, parecía seguir su misma ruta.

En la distancia distinguió la familiar silueta de su amada, lo que dibujó una amplia sonrisa en sus labios.

La brisa se transformó en un fuerte viento que, empujándolo, provocaba remolinos de arena. Ella lo saludaba, agitando al aire su mano, cuando un grupo de espesas nubes taparon el sol.

Se dirigía hacia él completamente desnuda, cosa que no era de extrañar, ya que estaban en una playa nudista. Llegaron más nubes y la luminosidad diurna se modificó, dando paso a un entorno gris que, junto a la arenisca en suspensión, difuminaba el enfoque de todo cuanto se encontraba ante la visión de Arnau.

Ella empezó a correr con la inequívoca intención de acortar la distancia y llegar junto a él, lo antes posible. La fuerte ventisca acrecentó su fuerza y la arena arañaba la superficie de la piel.

Miró, desconcertado, a su alrededor y se extrañó, no parecía haber nadie más en la playa. Una situación que, a esas horas, no era nada